

DON RICARDO JIMÉNEZ Y LA ESCUELA

(En el Rep. Amer.)

Se ha dicho que el próximo sábado veintiocho, será bautizada con el nombre de Escuela Ricardo Jiménez, la escuela nueva del Pacífico, a la que todavía no se le había dado un nombre apropiado como es sana costumbre entre nosotros. Va a llevar el nombre de un hombre que consagró su larga vida al interés público. De tránsito difícil fué su senda, como lo es servir satisfactoria y justiciaramente a todos.

Contribuyó tesonosamente a la labor educativa en su carrera de legislador, y en su honor, como parece natural, habrá un desfile de escolares y estudiantes de colegios. La niñez y la adolescencia en sincera y conmovedora unión harán homenaje al preclaro costarricense, no hace aún dos años fallecido. El bautizo de la Escuela del Pacífico con el nombre de Ricardo Jiménez es acto noble y honorífico. Don Ricardo llevó encendidos en su mano diestra como fanal y guía, el afán y amor por la cultura, por el saber, por el cultivo minucioso de la mente. Cada vez que tomó su infatigable pluma, brillante en muchas ocasiones, o que expresó su pensamiento, prodigó enseñanzas y en innumerables ocasiones señaló caminos hacia el estudio y el esfuerzo por la superación que dignifica al hombre. Alentó a quienes deseaban estudiar o perfeccionar bien un arte, ciencia o profesión, por inasequibles que fueran sus aspiraciones. A pesar a veces, del valor intelectual o del grado de propia cultura de la persona que ante sí tenía, con su lenguaje agudo, perspicaz y viva sugerencia, que siempre le venían al caso, don Ricardo daba una breve, concisa y nueva lección, provechosa o provocadora de nuevas inquietudes por aprender o corregir. No dejó que la inercia intelectual empañara el brillo centelleante de su mente alerta, que se mantuvo en constante actividad hacia la verdad y la razón de las cosas; de las filosofías e historia de las diferentes épocas de la humanidad. Rápidamente apreciaba los nuevos



Ricardo Jiménez Oreámuno

descubrimientos de la ciencia, los adelantos de la industria y la magia del progreso humano, condensado en mil formas, en el transcurso de la existencia humana. Todo resultaba interesante para aquel cerebro plasmable a toda noble y sugerente idea. Ya nos viniera el progreso de países distantes, ya fuera la lectura que traía el panorama de otros lugares lejanos con su historia y desenvolvimiento. En cada ocasión de su tercera Presidencia, noté con admiración el dón que tenía don Ricardo de captar una idea, digerirla y darla a conocer en su mejor forma. Era como tejer y producir tela transparente y delicada. De ahí que irradiara enseñanza sin buscarlo él. Facilidad de exposición era la suya. Su respuesta, al consultarle, si satisfacía, era de efecto superior, si dejaba la duda, había que buscar el camino para aclararla: él lo señalaba prontamente. Si corregía lo hacía con maestría y nobleza. Más de una vez quien llegó a compartir su amena conversación, salió con un nuevo problema, diferente al que lo llevó a su lado, ya que don Ricardo tenía el poder de atar y desatar ideas, sacar una conclusión lógica, algunas veces a su real saber y entender, pero con harta frecuencia dejaba una nueva inquietud.

En repetidas ocasiones hacía bajar volúmenes de bibliotecas o archivos; con ahinco consultaba, hasta dar con lo que le traía inquieto. Varias veces, para corregir o formar juicio, se encaminaba, pese a toda observación que se le hiciera, al sitio mismo de los hechos. Fué maestro sin desearlo, guiador en diferentes radios de la actividad, sin llamar prosélitos. Hombre observador y estudioso, con persistencia asombrosa. Amaba el buen libro. Gustaba bastante de la sole-

dad de la meditación. Su nombre repercutía en todos los horizontes del país y sin embargo, su soledad era única cuando lograba el rincón tibio de su modesta salita. Ante sí y dentro de sí, no era el Presidente, el hombre revestido de suprema autoridad—era Ricardo Jiménez solamente—hombre sobrio, hidalgo recogido en sus horas de pensar. Como su mente captaba fácilmente y sin muchos rodeos lo que se iba a exponer, siempre preguntaba y escuchaba. De la explicación obtenida, hacía prontas deducciones y de allí sacaba la consecuencia firme, sin forzarla. Resultaba muchas veces brillante, con madura brillantéz de mente.

Para los niños abrigaba cariño y fina comprensión. A su sala de recibo siendo Presidente, llegaban, bien a su llamado, o espontáneamente, algunas veces, niños y niñas de corta edad, amigos o parientes. Niños que ante la presencia del patricio le expresaban lo que sentían sin vacilar y con admiración infantil. Jóvenes adolescentes y estudiantes mayorcitos, encontraban en su trato al hombre de valía, más atrayente por su modestia y gallardía de maneras y pensamiento. Recuerdo que una pequeña colegiala, dulce e infantil, le dijo en una ocasión que fué a visitarlo estando enfermo: «Don Ricardito, ojalá que nunca se muera usted, ¿qué haríamos los que lo queremos tanto?». Con una sonrisa agradeció a la amigueta su afecto. Era hija de un estimable diplomático de una nación amiga. Cuando tuve oportunidad de observar que le solicitaran alguna decisión en favor de una u otra causa u objetivo, no lo ví vacilar muy perturbado, en prometer o negar, siempre daba la idea de que actuaba tomando en cuenta los pro y los contra de cada situación embarazosa para otros, o quizá imposible de resolver. Lo hacía dando al mismo tiempo la explicación y el convencimiento por deducción, o abría otro camino. Pocas veces dejaba el problema mucho tiempo en suspenso si precisaba una diligente actuación. En una ocasión alguien le hizo una pregunta que requería cierto conocimiento especial de la materia y dada su mente precisa, al instante dictó la contestación: «Entre las muchas cosas que ignoro, está lo que usted me pregunta, pero trataré de averiguarlo y le responderé».

Si los niños y los estudiantes de hoy pudieran tener a la mano un anecdotario o una biografía inteligente y exacta de este ilustre hombre de leyes y letras, mucho podría aprovecharse.

Si don Ricardo viviera y estuviera presente en forma material en el acto del próximo sábado, observaría el homenaje con porte de caballero: con modesta elegancia, reflejada en su semblante la gratitud hacia los participantes por tales demostraciones benévolas, sencillas y espontáneas. Así lo

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito de Aquiles Certad sigue su curso, en Costa Rica y en América. Anotamos las últimas contribuciones:

Contribución de la ciudad de Cartago, recogida por la Srta. Helia Barahona F., Directora de la Escuela Julián Volio..... ₡ 703.35

Contribución del Lic. Juan José Meza Dóls. 10 00

Acompañados de estas generosas y alentadoras palabras, en carta de la ciudad de Guatemala, 18 de Setiembre de 1946:

«Maestro: Con mi cordial abrazo, va esa pequeña suma simbólica, que envía un desterrado para la Imprenta de Repertorio, con el respeto y devoción que le debemos a Usted, por la cultura de Centro Amé rica y por la unidad democrática de nuestros pueblos.

Siga en su labor infatigable, que esa semilla, ya ha comenzado a germinar en el barro nuevo de la juventud. Usted contemplará los frutos como la mejor recompensa a sus fatigas.»

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.